

JOSÉ LUIS REY, *LA EPIFANÍA*, MADRID, VISOR, 2018, 507 pp.

JUAN CARLOS ABRIL
Universidad de Granada

Para comentar este sorprendente libro de José Luis Rey (Puente Genil, Córdoba, 1973) habría que remontarse a la etimología de epifanía, un *acontecimiento* religioso que proviene del griego ἐπιφάνεια y significa «manifestación». Para muchas culturas las epifanías corresponden a revelaciones o apariciones en donde los profetas, chamanes, médicos brujos u oráculos interpretaban visiones más allá de este mundo. Se trata, por tanto, de un *manifesto* –aparición en el sentido más creativo y creador del término– y un programa de intenciones, puesto en las extensas e intensas 500 páginas de este poemario, cantidad ciertamente inusual para un libro de poesía, según los estándares habituales. Por cierto, algunos poetas podrían reunir sus poesías completas incluso en menos de esa extensión. Dividido en cinco libros, asépticamente titulados «Libro primero», «Libro segundo», etc., solo el «Libro pri-

mero» (pp. 13-154) consta de 71 poemas, número que bien podría dar ya para dos o tres poemarios, según qué casos y autores. En una entrevista concedida a Ángela Alba para *El Día de Córdoba* (<https://bit.ly/2Li6vvT>), se asegura que «Hace años que Rey plasmó su teoría poética en un libro; el ensayo *Jacob y el ángel. La poética de la víspera*, publicado en 2010 y en el que se refiere al sentido de la poesía frente al vacío del ser humano o al silencio metafísico del lenguaje, entre otros temas. Así, recuerda que dicho ensayo está elaborado a partir de la lucha de Jacob con el ángel, “que ha sido un tema bíblico que me ha interesado mucho desde que descubrí el cuadro de Gauguin sobre este asunto” en el que se ve en primer plano a una muchacha con su caperuza blanca y al fondo la lucha entre Jacob y el ángel. “Este episodio bíblico –apunta– es fundamental para mí porque Jacob sería el poeta y el

ángel, el lenguaje, y de esa lucha nace la poesía, que está más allá del lenguaje”.

»Por lo tanto, sobre esa base se ha construido *La epifanía*, un libro en el que empezó a trabajar en 2014 y terminó en 2016. “Cuando publico mis obras hace varios años que están escritas”, aclara, y añade que “editar requiere otro ritmo distinto al de escribir”. “Si eres un autor prolífico como es mi caso, puedes tener un libro cada año o cada dos años, pero no puedes publicar todo eso porque en la poesía tiene buena fama lo poco y mala fama lo mucho”, asevera Rey, que opta por “esperar y guardar el ritmo editorial”».

La epifanía, por tanto, es un libro total que abarca un universo donde lo religioso sirve como modelo para volvernos a unir al mundo, un ciclo vital muy amplio, en este caso conectado directamente a la poética y trayectoria de José Luis Rey, desde su inicial *La luz y la palabra* (2001), y que tuvo continuación con *Volcán vocabulario. La luz y la palabra II* (2009). De sus siete poemarios publicados hasta la fecha, destaca *Las visiones* (2012) o *Barroco* (2010), sin ser exhaustivos, casi todos ellos con un nutrido número de páginas. Quizá podríamos enlazar con la noción de *lo barroco* —recordando el clásico de Eugenio d’Ors— una breve descripción de la obra de nuestro poeta, a modo de línea de fuga, y engarzar algunas ideas que nos servirían para describir el libro que nos ocupa. Barroquismo unido a cierto irracionalismo, haciéndonos eco de las resonancias del «exceso», frente a la medida, clave para entender lo barroco como categoría que apunta al núcleo

generatriz epifánico. No se trata de exceso escritural, sino de exceso total, expansivo y vital, sensorial, espiritual, etc. Plenitud que nos rebasa y rebosa. Lo barroco no es ya un movimiento histórico sino una categoría estética, y expresa la exuberancia. El estilo *natural*, la naturalidad renacentista del «escribo como hablo» no sirve para entender el tejido textual de lo barroco, porque la naturaleza debe ser perfeccionada y en el binomio *ars/natura* se opta por lo artificial como eje sobre el que descansa ese impulso perfeccionador. El autor asevera, en un cierto punto, que se «ha caído / muy dentro del lenguaje.» (de «A través del espejo», pp. 49-50). No podría ser más acertada y oportuna la referencia al sujeto trascendente kantiano que Carroll tan bien desarrolló... Se trata de un polisistema donde existen sistemas que están en continua relación, pero hay que precisar que la abstracción de cualquier sistema es demasiado estática, mientras que un laberinto —hombre/lector frente a mundo/libro— se encuentra moviéndose (nuestra percepción perdida en él), su naturaleza es de por sí cambiante o proteica. «“Todo es Proteo”, afirmaba [Baltasar] Gracián» (comenta Rodríguez de la Flor en su excelente *Pasiones frías*). Nos referimos a la naturaleza del yo, un yo y una identidad inestables, una subjetividad que ha perdido las referencias y que se halla perdida en un laberinto de estímulos y experiencias: en esa pérdida de referentes, la única realidad que desde lo barroco se erija como verdadera, será la que la ficción del yo sea capaz de crear, y he ahí ese mundo alternativo o irreal, figurado o virtual carac-

terístico: «Teoría del helado de nata» (pp. 47-48), «Balada del albañil» (pp. 213-214), entre otros muchos. Aquí se establecen relaciones con la huida mallarmeana, *l'art pour l'art*, con todo lo inherente a la recreación por la recreación, la voluta y el arabesco. La interiorización absoluta del arte, la vida dentro del arte en su búsqueda de realidades virtuales eternas... Simbolismo y barroco se fundirían como herramientas teórico-estéticas. El impulso trascendente y la multiplicidad de yoes son constantes en *La epifanía*, libro proteico, barroco, laberíntico exuberante e inacabable, que se recrea a sí mismo y que crea un mundo aparte, reflejo de la realidad, pero perfecto.

Los 238 poemas poseen una estructura similar, en torno a los 40 versos, si bien los personajes proteicos se van transformando de manera que circulan cientos de identidades, historias, anécdotas y argumentos. Un vasto conocimiento del sujeto verbal, que arrastra al lector, se pone en marcha para abordar miles de imágenes —entre otras cosas— para afirmar que no somos de una pieza, que no somos monolíticos, y que en realidad estamos rellenos de diferentes yoes que van modificándose, cambiando y transformándose. El ser humano es poliédrico. Todos esos yoes, los conscientes y los inconscientes, nos hacen ser quienes somos. Y no hay estabilidad. La visión monológica del sujeto medieval se contrapone a la del hombre del siglo XXI, mucho más compleja, si bien la trascendencia, esa que

explicó Kant, sigue manteniéndose en las bases del pensamiento ideológico y antropológico del ser humano, al menos hasta ahora. «¡Canta, Kant!» (pp. 27-28) ejemplifica que todas las elucubraciones se proyectan *heideggerianamente* —pero también *wittgensteinianamente*— desde y por la palabra, y que «Sólo hay una verdad / y está en la palabra» (p. 27)...

Para terminar, me gustaría insistir en que el tono himnico, a veces eufórico incluso, y en otras ocasiones más que nada celebratorio, preside el poemario, que es una exultante puesta en escena por donde soplan aires especulativos: «Ah, el espíritu, que sopla donde quiere» (pp. 29-30). Pero no quisiera olvidarme, en este recorrido somero por un libro que podría generar de por sí una tesis doctoral, que este vuelo poético y filosófico, esencialmente etéreo y metafísico, se corresponde con un pormenorizado y gestáltico recuento de anécdotas y recuerdos, los cuales van apareciendo de manera anárquica y asistemática a lo largo y ancho del poemario («Historia de la literatura de mi barrio», pp. 289-290), entre la memoria y el paso del tiempo, entre lo culto y lo cotidiano, entre el milagro de la vida y el abismo. Se unen así lo alto y lo bajo, tomando cuerpo la vida en una poesía —en el texto— en la que asistimos al relato de un aprendizaje donde hay que pagar un peaje por vivir, los poemas. Estos son los testigos, como el billete de cine rasgado que conservamos tras haber visto una película.